

El siguiente es un cuento escrito por la argentina Silvina Ocampo (1903-1994). Por ahora, ignoren los números que aparecen a la izquierda del texto.



LA SOGA

- 1 A Antoñito López le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de
- 2 mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender
- 3 papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la
- 4 sogá, la sogá vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes
- 5 del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo
- 6 entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de
- 7 siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer
- 8 con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol,
- 9 después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles,
- 10 después un salvavidas, después una horca para los reos, después un
- 11 pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la
- 12 sogá se retorció y se volvía con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como
- 13 dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los
- 14 árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar
- 15 que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la sogá, como quien
- 16 llama a un perro, y la sogá se le acercaba, a regañadientes al principio, luego,
- 17 poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la sogá y le
- 18 daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran
- 19 podido trabajar en un circo. Nadie le decía: "Toñito, no juegues con la sogá".

- 20 La sogá parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la
- 21 hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y
- 22 oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión.
- 23 El gato no se le acercaba, y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se
- 24 demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de
- 25 echarla al aire; como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba
- 26 prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la sogá saltaba de
- 27 sus manos para lanzarse hacia delante, para retorcerse mejor.

- 28 Si alguien le pedía:
- 29 —Toñito, préstame la sogá.

- 30 El muchacho invariablemente contestaba:
- 31 —No.

- 32 A la sogá ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo
- 33 aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

- 34 Toñito quiso ahorcar un gato con la sogá. La sogá se rehusó. Era buena.

- 35 ¿Una sogá, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las



- 36 casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era
37 herbívora; le dio pasto y le dio agua.
- 38 La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada
39 movimiento, decía: "Prímula, vamos Prímula". Y Prímula obedecía.
- 40 Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución
41 de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.
- 42 Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte,
43 de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo
44 Toñito, cuando lanzaba la sogá. Aquella vez la sogá volvió hacia atrás con la
45 energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el
46 pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.
- 47 Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.
- 48 La sogá, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.

Silvina Ocampo, *Cuentos difíciles. Antología*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

1. Relean la primera oración del relato. ¿Pueden establecer alguna relación entre esa oración y la historia que se narra? ¿Qué funciones tiene ese comienzo?
2. Al comienzo del relato se describe en qué se entretenía el protagonista. Entre las líneas 5 y 6 dice: "sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos". ¿A qué juegos se refiere? ¿Por qué les parece que el narrador contrapone esos juegos a los juegos con la sogá? ¿O estos últimos no son juegos? ¿Por qué sí o por qué no? Para contestar esta última pregunta, tengan en cuenta el final del cuento.
3. Al comienzo del cuento, se dice que a Toñito le gustaban los juegos peligrosos; cuando recibe la sogá el chico juega a que la sogá es distintos objetos. ¿Cuáles de esas transformaciones de la sogá son potencialmente peligrosas? ¿Por qué?
4. A medida que avanzamos en la lectura del cuento, oscilamos entre pensar si la sogá verdaderamente se ha convertido en un ser animado o si las menciones a sus acciones se refieren a lo que ésta "parece ser". Relean desde la línea 11 hasta la 41 y señalen en el texto:
 - cuándo el narrador describe a la sogá como una verdadera víbora;
 - cuándo nos tranquiliza, mostrando que las acciones de la sogá son producto del juego de Toñito;
 - cuándo no está claro si la sogá es una víbora o si sus acciones son resultado del juego.
5. ¿Alguno de ustedes pensó en un final diferente? ¿Quién anticipó que finalmente la sogá ahorcaría a Toñito? ¿Quién creyó que el chico se ahogaría? ¿Quién había pensado en un final menos terrible? Relean el texto: verán que el narrador juega con los lectores y muchas de las suposiciones que hacemos mientras leemos se derivan de pistas falsas que aparecen en el texto. Cada uno busque el indicio que le hizo anticipar un final distinto del que efectivamente se presenta.



El cuento "La sogá" tiene dos versiones. La primera versión es la que les acabamos de presentar y fue publicada en 1971, en el libro de cuentos *Los días de la noche*. La segunda versión, publicada en 1977, fue incluida en una antología de cuentos para chicos cuyo título es *La naranja maravillosa*.

1. Con ojo de filólogos (filo: amor, logos: palabra) comparen la primera versión con la que se transcribe debajo. Señalen las diferencias porque luego volverán sobre ellas. Tengan cuidado: si bien algunos cambios son muy visibles hay otros mucho más pequeños. Por ejemplo, mientras en la primera oración de la primera versión se dice que el protagonista se llama **Antoñito López**, en la segunda aparece solo como **Antoñito**.

LA SOGA

A Antoñito le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la sogá, la sogá vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Toñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la sogá se retorció y se volvió con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la sogá, como quien llama a un perro, y la sogá se le acercaba, a regañadientes al principio, luego, poco a poco, obedientemente.

Con tanta maestría Toñito lanzaba la sogá y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: "Toñito, no juegues con la sogá, que es peligroso".

La sogá parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire; como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la sogá saltaba de sus manos para lanzarse hacia adelante, para retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, préstame la sogá.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No. No y no.

A la sogá ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la sogá. La sogá se rehusó. Era buena cuando quería ser desobediente.

¿Una sogá, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.

La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada movimiento, decía: "Prímula, vamos Prímula". Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la



cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Todo el mundo decía a Toñito: " No duermas con la sogá, es muy sucia" .

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la sogá. Aquella vez la sogá volvió hacia atrás con la energía de siempre pero Toñito no retrocedió. La cabeza de Primula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la camisa.

Toñito se hizo el muerto como algunos perros amaestrados que no se mueven hasta que el amo los llama.

La sogá, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo lloraba.

Desde aquel día Primula cambió de costumbres: se trepaba a los árboles sin permiso, para cazar pajaritos; en la plaza hacía zancadillas a las personas mayores, se arrojaba al suelo enrollada, en medio de la calle, para servir de barquinazo a los coches. Tuvieron que mandarla al Jardín Zoológico. Hubo dificultades para que la admitieran. El director del Jardín Zoológico no sabía si tenía que catalogarla entre los vertebrados o los invertebrados, entre los carnívoros o los herbívoros. Por último, porque era muy impaciente, renunció a catalogarla y la puso en una jaula vecina de las grullas, que cantaban escalas cromáticas a mediodía, y del osito lavadero, que todo el tiempo lavaba sus manos y la comida que le daban, hasta las galletitas y los chokolatines, que son tan difíciles de lavar.

Toñito visitaba diariamente a Primula. Por suerte, el Jardín Zoológico quedaba a dos cuadras de su casa. Una tarde que fue a visitar a Primula la encontró instalada en la jaula vecina. El osito lavadero le había lavado la cola y la barba. Estaba tan limpia que no parecía la misma.

—¿Me permiten que saque el grupo? —preguntó un fotógrafo.

—Un momentito, que me lave las manos —dijo el osito lavadero.

—Acercate más —dijo Primula.

—Sonrían —dijo el fotógrafo.

Toñito me regaló la tarjeta postal, que guardo como recuerdo.



2. ¿Qué función tienen las modificaciones que hizo la autora en el relato respecto de la primera versión? En otras palabras, ¿qué efecto provocan sobre la lectura del relato?

- ¿Tranquilizador?
- ¿Moralizante?
- ¿Facilitan la lectura?
- ¿Producen agrado?
- ¿.....?

Discutan hasta cansarse, siempre probando sus afirmaciones con datos concretos del texto.



Todo autor escribe imaginando un lector (no es que se imagine a una persona concreta, sino más bien a un grupo de lectores: jóvenes de entre quince y veinte años, chicas enamoradas, niños pequeños, hombres de negocios, etc.). Se trata del **lector imaginario**, también llamado **lector modelo**, que el autor tiene como horizonte de expectativas.

Sin embargo, los **lectores reales** no siempre coinciden con los lectores imaginarios. Un autor de libros para chicos, por ejemplo, escribe **para** los chicos, pero sus textos pueden **ser leídos** por personas de cualquier edad. Los chicos son los **lectores modelo o imaginarios**; los que leen el libro (chicos y grandes) son los **lectores reales**.

3. ¿Cuál es el lector imaginario de esta segunda versión del cuento? ¿Y de la primera versión?
4. ¿Ustedes pertenecen al grupo de lectores imaginados por Silvina Ocampo para la segunda versión?
5. Cuando un autor se propone escribir para un lector imaginario, también se lo imagina con ciertas características. Por ejemplo, un autor de literatura infantil puede suponer que a los niños los perturban las historias de terror y, entonces, ni se le ocurre escribir una para estos destinatarios; también podría pensar que los niños no pueden leer textos largos, y entonces escribe cuentos sumamente breves. De todas estas formas de imaginar al lector quedan huellas en el texto resultante. Caractericen al lector imaginario en que pensó Silvina Ocampo para la segunda versión de su cuento. En otras palabras: ¿cómo imaginó la autora a los niños?
6. ¿Consideran ustedes adecuadas las modificaciones que hizo la autora? ¿Por qué sí y por qué no? ¿Qué otras cosas le hubieran cambiado ustedes al cuento? ¿O no le hubieran cambiado ninguna? ¿Por qué?
Escriban un breve texto de opinión a través del cual recomienden o desaconsejen este cuento para niños. Por supuesto, justifiquen su opinión.

